

La bienvenida

Desde la entrada se aprecia lo opaco del edificio, con paredes descascarándose, grandes ventanales y vidrios rotos. En otro tiempo fue un hospital. Lo abandonaron quién sabe por qué. Cuando me ofrecieron el trabajo de conserje, ocupé los cuartos destinados antes a la lavandería. El resto estaba en escombros, especialmente la antigua morgue, la primera en sufrir un desmantelamiento que con el tiempo se fue prolongando al resto de dependencias. Los fantasmas se habían apoderado de los recovecos. Al menos eso opinaba una vecina con la cual entablé ciertos amoríos.

Durante las horas de oscuridad y sin sistema eléctrico en uso, parece un laberinto tenebroso, pero a la luz se muestra un largo corredor, el piso de tierra, y uno tras otro obstáculo de madera roída o de metales oxidados, entre las decenas de habitaciones sin puertas, sin ventilación. Todo luce desolado y polvoriento.

Por medio de mi amiga supe que en el barrio me habían puesto el apodo de loco, inventando que hablaba con los fantasmas. Ese mismo día se regó la noticia de que me habían encontrado muerto, asesinado por líos con ella. Según decían, siete tiros atravesaron mi cuerpo.

Si bien es cierto que tenía problemas algo densos a causa del celoso marido y que debí huir cuando este me apuntó con su arma, no es verdad que disparó, pues no tengo ningún agujero memorable. Sólo recuerdo que al escapar, unos palazos secos caían sobre mi cabeza. El dolor me persiguió hasta cuando conseguí escabullirme por entre los pasadizos del enorme y oscuro corredor para refugiarme en la morgue. Creyendo estar fuera de peligro, decidí

regresar a casa. Sería medianoche. La luna brillaba. Y supongo que anda rondándome la muerte, pues los lamentos de los fantasmas me han dado la bienvenida.